

EL «DESIERTO» Y LA CONSTRUCCIÓN DEL MARGINAL

EN LA LITERATURA ARGENTINA

María Laura Pérez Gras*

Corina Baldrich, Joana Marson y Matías Lemo**

Resumen: Desde las primeras descripciones del espacio pampeano-patagónico, se plasmaron sobre él las categorías binarias de civilización y barbarie, que fueron funcionales en la tipificación de sus habitantes originarios y en la construcción de personajes marginales que siguieron vigentes en la literatura argentina decimonónica: indios, gauchos y cautivos. Estudiaremos dicha funcionalidad y la búsqueda actual de su desarticulación a través de: un contrapunto entre *Facundo* (1845), de Sarmiento, y *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), de Mansilla, como modelos enfrentados en pleno siglo XIX; un diálogo textual entre el poema *La cautiva*, de Echeverría, y el cuento «Historia del guerrero y la cautiva», de Borges; una ojeada a la nueva narrativa histórica a través de *El placer de la cautiva*, de Brizuela, y *Finisterre*, de Lojo; y un recorrido invertido por estos procesos histórico-ficcionales en la deconstrucción de dichos espacios y estereotipos por medio de la novela *El año del desierto*, de Pedro Mairal.

Palabras clave: desierto, marginal, espacios, estereotipos, civilización y barbarie.

Abstract: *From the earliest descriptions of the pampas and Patagonia, the binary categories of civilization and barbarity were set on these spaces, which turned out to be functional to typify their original inhabitants and to construct the marginal characters that still played an important part in nineteenth century Argentine literature: Indians, gauchos and captives. We shall study such functionality and the current pursue of its breakdown through: a comparison between El Facundo, by Sarmiento, and Una excursión a los indios ranqueles, by Mansilla, as opposed models of the nineteenth century; a textual dialogue between the poem La cautiva, by Echeverría, and the short story «Historia del guerrero y la cautiva», by Borges; a glimpse of the new historical narratives into El placer de la cautiva, by Brizuela, and Finisterre, by Lojo; and an inverted journey along the historical and fictional processes in the deconstruction of these spaces and stereotypes in the novel El año del desierto, by Pedro Mairal.*

Key words: *desert, marginal, spaces, stereotypes, civilization and barbarity.*

MARCO TEÓRICO GENERAL

Los trabajos de este grupo de alumnos y su docente se enlazan entre sí por la aplicación de las teorías de Edward Soja (1997) al espacio denominado «desierto» y su funcionalidad en la construcción de las figuras marginales en la Literatura Argentina desde el siglo XIX al XXI. Soja proviene del ámbito

* Licenciada y doctoranda en Letras por la Universidad del Salvador. Actualmente, se desempeña como investigadora y docente en las cátedras de Literatura Argentina y Seminario de Literatura Argentina de la carrera de Letras en la Delegación Pilar, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Salvador. Correo electrónico: lauraperezgras@yahoo.com.ar

** Alumnos de tercer año de la Licenciatura en Letras de la Universidad del Salvador, sede Pilar.

de la geografía y del planeamiento urbano, disciplinas que parecen alejadas de la literatura. Sin embargo, el catedrático neoyorquino se dedicó a continuar los estudios acerca del espacio iniciados por los intelectuales franceses Foucault y Lefebvre, de gran incidencia en la sociología postmoderna. Partiendo de la *heterotopía* de Foucault y de la *tríada espacial* de Lefebvre, Edward Soja elaboró la teoría del *tercer espacio* con el fin de quebrar las estructuras del pensamiento binario heredado del positivismo por todas las disciplinas humanas. La historiografía y la sociología han recorrido ya su propio camino con el objeto de desarticular estas estructuras dicotómicas y encorsetadas durante las últimas décadas; Soja sostiene que la geografía no puede quedar afuera de este proceso deconstructivo puesto que el hombre tiene una dimensión espacial, además de una temporal (o histórica) y una social. En este sentido, explica que el positivismo tuvo solo en cuenta el espacio material o percibido (denominado primer espacio) y el espacio simbólico, mental o concebido (segundo espacio), y que la postmodernidad plantea la necesidad de una apertura epistemológica hacia un tercer espacio, o espacio vivido, que no es simplemente la suma de los anteriores, sino que los abarca y supera en la apertura a otras categorías. Este avance metodológico, que implica el quiebre de dualismos que limitan el pensamiento y la imaginación, tiende puentes con los estudios culturales y postcoloniales que abordan problemáticas sobre raza, clase y género de manera interdisciplinaria.

En el caso particular de la Literatura Argentina, resulta significativo estudiar el concepto de «desierto» como espacio simbólico negativo —lugar de la carencia, la intemperie, el retraso y la barbarie—, en oposición al espacio urbano, simbólicamente positivo —ámbito propio del progreso y la civilización—, ambos consolidados por los clásicos decimonónicos y hoy revisados o deconstruidos desde la narrativa postmoderna. En otras palabras, en la literatura canónica del siglo XIX, observamos un primer espacio, el material —la Patagonia, la Pampa, la campaña, Tierra Adentro, el Chaco profundo, o como se lo denomine—, transfigurado por las ideas hegemónicas del progresismo liberal en un segundo espacio, el simbólico, denominado «desierto», que se creía necesario conquistar y poblar con hombres civilizados. No obstante, el tercer espacio también existía: era la zona de contacto, o zona fronteriza, en el comercio, en los malones, en los pactos políticos, en las guerras, en la realidad cotidiana de las familias interétnicas, los mestizos, los gauchos, los desterrados, los desertores, los cautivos. Pero este tercer espacio tuvo esporádica cabida en las estructuras dicotómicas del pensamiento decimonónico y, por ende, fue silenciado por su literatura canónica. Nos proponemos hacer un recorrido desde el siglo XIX al XXI para acompañar el lento y traumático proceso de apertura sufrido por la Literatura Argentina en la construcción y el tratamiento del espacio del Otro y, en consecuencia, del Otro como personaje marginal.

EL ESPACIO DEL «DESIERTO» EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA FIGURA

MARGINAL EN *FACUNDO* Y *UNA EXCURSIÓN A LOS INDIOS RANQUELES*

Resumen: El *Facundo*, de Sarmiento, y *Una excursión a los indios ranqueles*, de Mansilla, presentan un contrapunto en pleno siglo XIX entre la construcción simbólica del espacio del Otro (segundo espacio) y del Otro en tipos sociales altamente estereotipados y determinados (*Facundo*) y la construcción del espacio vivido (tercer espacio) en un viaje de descubrimiento y de conocimiento *in situ* del Otro (*Una excursión...*).

Palabras clave: desierto, marginalidad, estereotipos, descubrimiento, segundo espacio, tercer espacio.

Abstract: *Facundo*, by Sarmiento, and *Una excursión a los indios ranqueles*, by Mansilla, show the contrast, in the nineteenth century, between the symbolic construction of the Other space and the Other itself as highly stereotyped and fixed social types (*Facundo*) and the construction of the lived space (third space) in a journey of self-discovery and discovery of the Other *in situ* (*Una excursión...*).

Keywords: desert, marginality, stereotypes, discovery, second space, third space.

Abordaremos la construcción del espacio del «desierto» y de los tipos humanos y la búsqueda de su desarticulación a través de un contrapunto entre el *Facundo*, de Sarmiento, y *Una excursión a los indios ranqueles*, de Mansilla, como modelos enfrentados en pleno siglo XIX.

En el canon literario, el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento es una obra de lectura inabarcable por lo múltiple de sus facetas, pero que define de forma muy clara el concepto de desierto aplicable al espacio de la pampa; de igual modo enuncia como opuestos irreconciliables el valor de lo «civilizado» y de lo «bárbaro», este último encarnado en el gaucho y el indio.

Sustenta Sarmiento con mucha fuerza estas categorías sobre la base de que la pampa argentina es un «desierto» de características absolutamente adversas a la civilización, es un *locus eremus* que surge de las siguientes descripciones en la primera parte de la obra:

Al sur triunfa la pampa y ostenta su lisa y velluda frente, infinita, sin límite conocido, sin accidente notable: es la imagen del mar en la tierra (Sarmiento, 2000, p. 41).

Ya en fin, que la pampa ostente su despejada y monotonía, la superficie de la tierra es generalmente llana y unida, sin que basten a interrumpir esta continuidad sin límites las sierras de San Luis y Córdoba en el centro (Sarmiento, 2000, p. 43).

Para Sarmiento la peculiaridad del territorio produce tipos humanos no permeables por la civilización. Por este motivo, considera necesario traer población de los lugares donde ya la civilización estaba consolidada, lo que se cristalizará en el proyecto inmigratorio llevado a cabo por las conocidas «presidencias históricas», con el fin de «llenar» ese «desierto» para que nuestro país pudiera dejar de pertenecer a la cultura del atraso e insertarse en el mundo moderno del siglo XIX.

El capítulo I, que lleva el título «Aspecto físico de la República Argentina, caracteres, hábitos e ideas que engendra», dice:

* Alumna de tercer año de Letras, Cátedra de Literatura Argentina, Delegación Pilar, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad del Salvador. Correo electrónico: sosegb@hotmail.com

El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí la inmensidad por todas partes; inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiendo con la tierra entre celajes y vapores tenues que no dejan en la lejana perspectiva, señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo. Al sur y al norte acéchanla los salvajes, que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambre de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos y sobre las indefensas poblaciones (Sarmiento, 2000, pp. 39-40).

Sarmiento describe y compara nuestro territorio con el desierto africano y sus habitantes con los nómades de Argel u Orán:

Ya la vida pastoril nos vuelve impensadamente a traer a la imaginación el recuerdo del Asia, cuyas llanuras nos imaginamos siempre cubiertas aquí y allá de las tiendas del calmuco, del cosaco o del árabe. La vida primitiva de los pueblos, la vida eminentemente bárbara y estacionaria, la vida de Abraham, que es la del beduino de hoy, asoma en los campos argentinos (Sarmiento, 2000, p. 50).

Otro ejemplo del orientalismo en la construcción del espacio pampeano:

Es el capataz un caudillo, como en Asia el jefe de la caravana, necesitase para este destino una voluntad de hierro, un carácter arrojado hasta la temeridad, para contener la audacia y turbulencia de los filibusteros de tierra, que ha de gobernar y dominar él solo en el desamparo del desierto (Sarmiento, 2000, p. 45).

Podemos observar la relación directa establecida entre ese *locus eremus* y los rasgos característicos de sus habitantes. Dedicamos toda la primera parte, de las tres que conforman el *Facundo*, a describir la geografía de la pampa junto a los tipos humanos que emergen de ella. Aquí está planteada la relación espacio-individuo que concibe el autor:

Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte y ver... no ver nada?

Porque cuando más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se aleja, más lo fascina, lo confunde y lo sume en la contemplación y la duda. ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que ve? La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte (Sarmiento, 2000, p. 59).

Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre del campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una víbora que puede pisar (Sarmiento, 2000, p. 40).

Encontramos en ese fragmento la referencia al indio como un elemento constitutivo del paisaje, y siempre refiriéndonos al paisaje, funciona como ingrediente para la pauperización de la población a través del mestizaje, cuyo producto es el gaucho:

El pueblo que habita estas extensas comarcas se compone de dos razas diversas, que, mezclándose, forman medios tintes imperceptibles: españoles e indígenas... La raza negra, casi extinta ya, excepto en Buenos Aires, ha dejado sus zambos y mulatos, habitantes de las ciudades... Por lo demás, de la fusión de estas tres familias ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial... Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado la incorporación de indígenas que hizo la colonización (Sarmiento, 2000, p. 46).

La villa nacional es el reverso de esta medalla (al compararla con la colonia alemana o escocesa del sur de Buenos Aires): niños sucios y cubiertos de harapos viven con una jauría de perros, hombres tendidos por el suelo en la más completa inacción; el desaseo y la pobreza por todas partes; una mesita y petacas por todo amueblado; ranchos miserables por habitación, y un aspecto general de barbarie y de incuria los hacen notables (Sarmiento, 2000, p. 47).

Como vimos en la cita, la inmensidad descrita en el *Facundo* está «transitada» permanentemente por sujetos que no poseen ninguna inclinación a la vida en sociedad porque se encuentran determinados por el espacio que habitan.

En el texto, todos los tipos humanos de la pampa son variantes del gaucho; el baqueano: es el topógrafo más completo, el único mapa que lleva un general cuando atraviesa la pampa. El rastreador distingue una huella entre mil, distingue a qué animal corresponde y determina sus características. El gaucho malo es el perseguido por la justicia, habitante del desierto montado a su caballo, posee libre circulación entre el pago y tierra adentro, diestro con el cuchillo, que es su único instrumento. El cantor es «El mismo bardo, el vate, el trovador de la Edad Media» (Sarmiento, 2000, p. 70), «de tapara en galpón, cantando sus héroes de la pampa perseguidos por la justicia» (Sarmiento, 2000, p. 71).

No obstante, se sabe que hasta entonces el autor nunca había visto la pampa con sus propios ojos. ¿Cómo es posible que Sarmiento haya podido hacer un dibujo tan detallado y convincente de esa geografía sin haberla visto nunca? Todo es fruto de una abstracción de las ideas de la época que Sarmiento logra cristalizar en su libro a partir de la lectura de las narraciones de viajeros, principalmente ingleses, y del gusto de la época por lo exótico y por el orientalismo característico del Romanticismo en boga. Logra componer el segundo espacio, el espacio «concebido», con tal suerte que esa idea de la pampa permaneció en el ideario argentino por generaciones y se mantuvo como discurso único para el proyecto político que llevó a cabo la organización de nuestro país.

Sin embargo, no era esta la única visión que existía por entonces. Hubo quienes se salieron de ella para aportar un tercer eje, superador de la perspectiva dicotómica.

Entre 1860 y 1871, se publicaron obras de los hermanos Lucio V. y Eduarda Mansilla que dibujaron un mapa más completo de la sociedad argentina, incluyendo a los sectores negados o marginados¹. Así estos autores lograron salirse del centro, ser excéntricos. Una elevada educación, el dominio de varios idiomas y los viajes por todo el mundo les permitió alcanzar una nítida idea de los valores de su tierra natal para juzgarlos dignos de ser incluidos dentro de su acervo cultural, como parte de la identidad nacional argentina. Ambos demostraron que la verdadera antinomia es la de los opresores y oprimidos de clase y de género. Y solo mediante las leyes civiles de un Estado organizado se podría hacer justicia a esos oprimidos (Lojo, 2005).

Una de las obras más representativas y leídas dentro de estas características fue *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), de Lucio V. Mansilla. En ella, el militar narra las experiencias vividas durante su viaje a las tolderías de los indios ubicadas más allá del Río Quinto hacia el sur, zona de ranqueles.

A pedido del presidente Sarmiento, emprende una misión como embajador militar para firmar un pacto de paz con los ranqueles, pero además su espíritu curioso lo impulsa a tener «el deseo de ver con mis propios ojos ese mundo, que llaman Tierra Adentro» (Mansilla, 1962, p.15). Entonces, Mansilla descubre una geografía diversa y amable, prácticamente un *locus amoenus*, como se evidencia en estas líneas:

La luz crepuscular anunciaba la proximidad de un nuevo día.

Durmamos...

Es fácil conciliar el sueño cuando la civilización no nos incomoda, no nos irrita con sus inacabables inconvenientes, cuando no tiene uno más que echarse, cuando no hay ni el temor de desvelarse, quitándose la ropa, o pensando en lo que la justicia y la generosidad humanas acaban de hacernos o se proponen hacernos.

¹ Además del famoso relato de viaje de Lucio V., nos referimos a las novelas de Eduarda: *El médico de San Luis*, *Lucía Miranda* y *Pablo o La vida en las pampas*.

Lo confieso, en nombre de las cosas más santas. Yo no he dormido jamás y mejor, ni más tranquilamente que en las arenas de la Pampa, sobre mi recado (Mansilla, 1962, p. 58).

Además, encuentra sujetos que viven con sus propias costumbres, rituales y sistemas de valores, y refiere las impresiones que le produce el contacto directo con los indios después de romper con sus ideas *a priori* sobre ellos. En ocasión de visitar Mansilla al cacique Epumer, hermano de Mariano Rosas, describe Mansilla detalles de la entrevista:

No hay indio más temido que Epumer; es valiente en la guerra, terrible en la paz cuando está achumado.

El aguardiente lo pone demente.

No tiene más que una mujer, cosa rara entre los indios; la quiere mucho.

Viven bien y con lujo; todo el mundo llega a su casa y es bien recibido.

A mí me esperaba hacía rato.

El toldo acababa de ser barrido y regado; todo estaba en orden.

Epumer estaba sentado en un asiento alto, de cueros de carnero y mantas.

Enfrente había otro más elevado, que era destinado para mí.

Epumer se levantó, me estrechó la mano, me abrazó, me dijo que aquella era mi casa, me hizo sentar y después que me senté se sentó él.

Los demás circunstantes, que eran todos chusma agregada al toldo, no se sentaron hasta que Epumer se lo insinuó.

La conversación rodó sobre las costumbres de los indios, pidiéndome disculpas de no poder obsequiarlos, en razón de su pobreza, como yo lo merecía.

Un cristiano bien educado, modesto y obsequioso, no habría hecho mejor el agasajo (Mansilla, 1962, pp. 209-210).

Durante el encuentro con el cacique Mariano Rosas para cerrar el acuerdo de paz Mansilla reflexiona:

Mientras yo hacía estas observaciones, me parecía que entre la manera de discurrir de los indios y la mía había una perfecta similitud.

Mariano Rosas, me decía para mis adentros, mientras mi lengua funcionaba, ha firmado el tratado, yo lo creía concluido, y ahora resulta que la junta lo puede anular. Pues es lo mismo que sucede con el presidente y el Congreso. ¿No es verdad que el caso era idéntico? Los extremos se tocan (Mansilla, 1962, p. 194).

Mansilla actúa en el tercer espacio, el espacio «vívido», y encuentra, en esa apertura, facetas del Otro ignoradas por la «civilización»: es la mirada del excéntrico, precisamente por salirse del centro hegemónico, como puede apreciarse en el siguiente párrafo:

Nos sentamos, quedando mi compadre (Baigorrita) enfrente de mí. Empezaron a entrar visitas, se colocaron en dos filas y la charla no se hizo esperar.

Eran todas personas de importancia.

Las mujeres de mi compadre, las chinas y cautivas se pusieron en movimiento, y el almuerzo vino.

A cada cual le tocó, lo mismo que en el toldo de Mariano Rosas, un enorme plato de madera con carne cocida, caldo, zapallos y choclos.

Yo ya estaba en mi centro. Comí sans fazon.

Tomaba las posturas que me cuadraban mejor, y calculando que lo que iba a hacer produciría buen efecto en el dueño de la casa y en los convidados, me quité las botas y las medias, saqué el puñal que llevaba a la cintura y me puse a cortar las uñas de los pies, ni más ni menos que si hubiera estado solo en mi cuarto, haciendo la policía matutina.

Mi compadre y los convidados estaban encantados. Aquel coronel cristiano parecía un indio, ¿Qué más podían ellos desear? Yo iba a ellos. Me les animaba. Era la conquista de la barbarie sobre la civilización (Mansilla, 1962, p. 160).

Pero no solo se acerca a los indios, también se vincula con gauchos que desempeñan los oficios que ya había clasificado y descripto Sarmiento. Emerge del contacto directo con los gauchos esta conclusión de Mansilla:

Camilo Arias es igual a Manuel Alonso en un sentido, su reverso en otro.

Camilo sabe tanto como Alfonso; es rumboador como él, jinete como él, valiente como él, pero no es aventurero.

Camilo es un paisano gaucho, pero no es un gaucho.

Son dos tipos diferentes. Paisano gaucho es el que tiene hogar, paradero fijo, hábitos de trabajo, respeto por la autoridad, de cuyo lado estará siempre, aun contra su sentir.

El gaucho neto es el criollo errante, que hoy está aquí, mañana allá, jugador, pendenciero, enemigo de toda disciplina; que huye del servicio cuando le toca, que se refugia entre los indios si da una puñalada, o gana la montonera si ésta asoma (Mansilla, 1962, p. 186).

Las personas de carne y hueso que interactúan con el narrador pertenecen a categorías no incluidas en la dicotomía del espacio «concebido» positivista. Una tercera posibilidad surge a partir del encuentro.

La frase que dice sobre sí mismo en la cita anterior —«este coronel cristiano (que) parecía un indio»— manifiesta la conciencia de Mansilla de que él también es observado por el Otro y de la necesidad romper con los estereotipos y los tabúes de la civilización.

La visión actual de la otredad incluye aquellas categorías que no estaban dentro de una de las dos partes de la ecuación binaria, surge del tercer espacio, el espacio «vivido», ya incursionado por Mansilla de manera compleja en su obra, porque es abarcado desde lo espiritual (en el campo de las ideas) y desde lo vivencial, porque efectivamente los hechos fueron experiencias reales del autor trasladadas al relato.

Cuando Mansilla y su tropa se internan en la pampa, el escritor realiza las siguientes reflexiones:

La laguna del Cuero está situada en un gran bajo. A pocas cuadras de allí el terreno se dobla ex abrupto, y sobre médanos elevados comienzan los grandes bosques del desierto, o lo que propiamente hablando se llama Tierra Adentro.

Los que han hecho la pintura de la Pampa suponiéndola en toda su inmensidad una vasta llanura ¡en qué errores descriptivos han incurrido!

Poetas y hombres de ciencia, todos se han equivocado.

El paisaje ideal de la Pampa, que yo llamaría, para ser más exacto, pampas, en plural, y el paisaje real, son dos perspectivas completamente distintas (Mansilla, 1962, p. 15).

Mansilla se ocupa del aspecto geográfico de esas «pampas», en plural, para también revisar la idea cristalizada de desierto, porque él transitó con sus soldados por esos espacios y vio que el terreno pampeano estaba lleno de accidentes topográficos, de vegetación autóctona desconocida. Mansilla descubre que la pampa no es una llanura infinita sino una variedad de relieves y superficies múltiples, y hace una referencia directa a quienes la han descripto erróneamente, por dejarse llevar por los prejuicios instalados o por conocerla parcialmente.

La abstracción que realiza Sarmiento tanto de la geografía como de los tipos humanos se ubica en el segundo espacio, el «concebido» o simbólico; mientras que Mansilla se desenvuelve en el tercer espacio, el «vivido», producto de la experiencia real in situ, y deconstruye el binomio «civilización/barbarie». Por eso, afirmamos que ambos espacios, el «concebido» y el «vivido», coexistieron en pleno siglo XIX, tal como queda a la vista con estos ejemplos. No obstante, el discurso

hegemónico facilitó la consolidación del primero y la invisibilización de este último hasta ya avanzado el siglo XX.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Lojo, M. R. (2005). Los hermanos Mansilla: más allá del pensamiento dicotómico o cómo se escribe una Argentina completa. En *En tiempos de Eduarda y Lucio V. Mansilla*. Córdoba: Junta Provincial de Historia de Córdoba.
- Mansilla, E. (2007). *Lucía Miranda (1860)*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.
- Mansilla, L. V. (1962). *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Sarmiento, D. F. (1999). *Facundo*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Soja, E. (1997). El tercer espacio. Ampliando el horizonte de la imaginación geográfica. *Geographikos: una revista de geografía*, 8, 71-76.

LA INCIDENCIA DEL ESPACIO EN LOS PERSONAJES MARGINALES DE «LA CAUTIVA» E «HISTORIA DEL GUERRERO Y LA CAUTIVA»

Joana Anabel Marson*

Resumen: Echeverría es el autor que consolida el espacio simbólico del «desierto» (segundo espacio) en la literatura argentina como padre del romanticismo con su poema *La cautiva* (1837); a su vez, es Borges, en toda su propuesta filosófico-estético-literaria, quien primero descubre y explota las posibilidades del tercer espacio —las orillas— en el siglo XX.

Palabras clave: desierto, romanticismo, orillas, segundo espacio, tercer espacio.

Abstract: Echeverría is the author who consolidates, as the Father of Romanticism, the symbolic space of the «desert»(second space) in Argentine Literature through his poem *La cautiva*; Borges himself is who first discovers and exploits, in his philosophical, aesthetic and literary program, the possibilities of the third space —the borders— in the twentieth century.

Keywords: desert, Romanticism, borders, second space, third space.

Sarmiento, en *Facundo* (1845), mencionó que de la única manera en que puede surgir una literatura nacional es a través de la descripción de dos elementos: de la lucha entre civilización y barbarie y de los escenarios naturales que esta tierra posee.

Los autores que trabajaremos, Borges y Echeverría, utilizaron los elementos que Sarmiento planteó; sin embargo, al darles una visión personal, crearon recursos estéticos novedosos en nuestra literatura.

* Alumna de tercer año de Letras, Cátedra de Literatura Argentina, Delegación Pilar, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad del Salvador. Correo electrónico: joana_marson@yahoo.com.ar

Echeverría es uno de los primeros autores² en valorar el espacio del desierto no solo de forma patrimonial, sino también de manera estética (Ortiz Gambetta, 2012). Esto lo señala en su «Advertencia a la Cautiva»:

El Desierto es nuestro, es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional (Echeverría, 2005a, p. 140).

Como padre del romanticismo, Echeverría consolida el espacio simbólico del desierto en su poema «La cautiva».

A su vez, es Borges, en toda su propuesta filosófico-estético-literaria, quien primero descubre y explota en el siglo XX las posibilidades del tercer espacio, para él, ubicado en las orillas. El propio Edward Soja confiesa que Borges ha sido una gran influencia para la elaboración de su teoría sobre el tercer espacio:

Mi trabajo se vio muy influenciado por el cuento de Borges “El Aleph” (...) describe al Aleph como un espacio que contiene a todos los espacios simultáneamente, y que pueden verse con claridad al mismo tiempo (...) La visión de Borges sobre El Aleph es, a la vez, demasiado simple y demasiado compleja como para explicar lo que yo llamo el tercer espacio. Es una manera de presentar al espacio y por eso quería reconocer la influencia de Borges (Soja, 1997, p. 2).

Echeverría y Borges utilizan los espacios como pilares para construir sus personajes; no obstante, debido a las diferencias cronológicas, estéticas e ideológicas entre ambos, se han valido de diferentes procesos.

En este trabajo, se buscará demostrar cómo el espacio influencia en la construcción de los personajes en «La cautiva» de Echeverría y en «Historia del guerrero y la cautiva» de Borges.

«LA CAUTIVA»: LA CONSTRUCCIÓN DE LOS PERSONAJES EN EL ESPACIO SIMBÓLICO

En su poema «La cautiva», Esteban Echeverría nos presenta un *locus eremus* en el que actúan dos grupos de personajes: los indios y los cautivos; quienes representan, respectivamente, la barbarie y la civilización, la segunda apresada por la primera.

La construcción de los personajes pertenecientes a estos dos grupos se da de manera diferente, como desarrollaremos a continuación.

En el indio se ve un determinismo geográfico, es decir, el medio ha contagiado su hostilidad al personaje. Esto es mostrado por Echeverría a través de recursos como el salvajismo, la monstruosidad:

dos o tres indios se pegan
como sedientos vampiros
sorben, chupan, saborean
la sangre haciendo murmullo (Echeverría, 2005b, [vv. 252-255] p. 71).

y la animalización física: «abominables fieras», (Echeverría, idem, [v. 278] p. 71). Otras formas de animalización son la sustantivación colectiva, como si se estuviera haciendo referencia a una manada, y las imágenes acústicas que nos recuerdan los sonidos de la selva, como en este fragmento:

pero, gritando, algún indio
en la boca se palmea,
y el disonante alarido

² Ortiz Gambetta (2012) destaca también a De Luca y a Varela, por ser anteriores a Echeverría y ya tener esta estética.

otra vez el campo atruena (Echeverría, 2005b [vv. 385-388] p. 75).

En cambio, María y Brian se construyen mediante un proceso que consta de tres pasos, en los que no solo observamos la transformación gradual de los protagonistas a personajes simbólicos, sino que también se vislumbran ciertos aspectos del camino del héroe desarrollado por Campbell (1971) en su obra *El héroe de las mil caras*:

1) Transculturación gradual (partes I a VII): A lo largo de estos versos, podemos observar cómo los protagonistas, gracias a las inclemencias del medio, deben perder ciertos aspectos de su cultura. Lo vemos en la inversión de roles, es decir, la virilización de María y la debilidad de Brian y en el regreso a la tierra, como observamos en el episodio del pajonal donde conviven junto a los animales en un ambiente proto-naturalista:

Ardiente el sol como fragua,
en cenagoso pantano
convertido había el agua
allí estancada, y los peces,
los animales inmundos
que aquel bañado habitaban
muertos, al aire infectaban,
o entre las impuras heces
aparecían a veces
boqueando moribundos,
como del cielo implorando
agua y aire (Echeverría, 2005b, [vv. 922-933] p. 96).

Si analizamos este primer paso desde la teoría de Campbell (1971), se observa que abarca la primera y la mayor parte de la segunda etapa del camino del héroe, a las que el autor denomina «salida» e «iniciación»: se encuentra la llamada a la aventura en la decisión de María de huir, el cruce del primer umbral en la salida de los cautivos de la toldearía, el «vientre de la ballena»³ en la gradual transformación de los personajes y el camino de ensayos en todas las pruebas que deben enfrentar (el fuego, el tigre, etc.).

2) Muerte (partes VIII a IX): La barbarie ha logrado deglutir a la civilización, aniquilándola. En la muerte, los protagonistas se purifican y a su vez, purifican el medio, como en el caso del pajonal en el que Brian está enterrado, al cual Echeverría le canta en estos versos:

Gózate, ya no se anidan
en ti las aves parleras
ni tu agua ni tu sombra convidan
sólo a los brutos y fieras:
soberbio debes estar.
El valor y la hermosura
ligados por la ternura
en ti hallaron refrigerio (Echeverría, 2005b, [vv. 1793-1800] p. 128).

El pajonal es ahora un sitio sacro, pues aloja la tumba de un héroe y fue testigo del amor puro que estos personajes compartían.

³ Según Rodríguez Fontela (1996), si bien esta imagen remite al mito de Jonás que aparece en la Biblia, puede variar la forma en la que se presenta en las diferentes culturas. Generalmente, toma dos direcciones: el ser engullido por un monstruo o la llegada a cierto espacio que modifique el ser del personaje. Ambas direcciones remiten a la matriz espiritual que transforma al héroe.

Si analizamos este segundo estadio desde la teoría de Campbell (1971), se puede observar que no se cumple el tercer momento del camino del héroe, el regreso, debido a la muerte de ambos.

3) Pasaje al plano mítico (epílogo): María y Brian han pasado a otro plano de existencia luego de la purificación. Ya no son dos cautivos, son dos mártires que perecieron durante su periplo por el *locus eremus* y que quedarán en la memoria colectiva como personajes simbólicos. Desde la obra de Campbell (1971), esto se lee como que han fallado en la «dominación de los dos mundos», puesto que han quedado truncados en el plano mítico.

Esta diferencia de procesos demuestra la polarización que Echeverría realiza entre la civilización (donde se concentra lo positivo) y la barbarie (donde encontramos lo animal, lo bestial, lo destructivo), ideología común en la época, que es llevada por él hacia el plano simbólico.

«HISTORIA DEL GUERRERO Y LA CAUTIVA»: EL TERCER ESPACIO COMO ESCENARIO DE MESTIZOS CULTURALES

El concepto de tercer espacio que encontramos en Borges ya había sido visualizado por Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles*; sin embargo, esta visión se perdió debido a la primacía impuesta por la mirada oficial a la dicotomía «civilización-barbarie».

Borges retoma la visión de Mansilla en un espacio muy particular: la orilla. Según Beatriz Sarlo, la orilla «es la superficie indecisa entre la llanura y las primeras casas de la ciudad» (1995, p. 50). Borges nos muestra en este espacio una representación de la Argentina, fundada a partir de la mezcla.

En la orilla se desarrolla la segunda parte del cuento que trabajaremos, «Historia del guerrero y la cautiva».

Las inglesas que protagonizan esta sección del cuento han sufrido un proceso de transformación que no aparece explícito, pero que podemos recuperar debido al espacio en que se encuentran. Este proceso se divide en dos instancias:

- 1) Llegada al espacio «de contacto», es decir, la orilla.
- 2) Desdoblamiento del otro ser contenido en ellas gracias a la influencia del espacio.

Este desdoblamiento sumado a las costumbres anteriores que poseían da como resultado una transculturación, es decir una construcción del personaje que únicamente puede darse en este espacio puesto que todo aquí se fusiona, incluso la dicotomía «civilización-barbarie». Esta característica se encuentra en ambas mujeres inglesas, aunque en diferentes grados.

En la «inglesa-india», podemos observar la fusión, por ejemplo, en su aspecto físico, puesto que se la describe como una mujer rubia y de ojos azules, descalza y vestida con dos mantas coloradas⁴; y en su idioma, «un inglés rústico, entreverado de araucano o de pampa» (Borges, 1998, p. 22).

En la abuela de Borges también se observa esta fusión, aunque en un grado menor, por ejemplo en el episodio de la cacería. Es por ese grado menor de transculturación que la abuela de Borges se horroriza ante el estado de su coterránea y pretende salvarla de la hostilidad del desierto. Sin embargo,

⁴ Hernández Palacios (1996) asevera que los colores muestran la contraposición de civilización y barbarie. El rojo de la manta se contraponen con el rubio de los cabellos y azul de los ojos. Esto nos remite a otras acepciones de la dicotomía, hombre blanco/hombre no blanco.

la «inglesa-india» le plantea que es feliz y decide regresar a su vida entre los indios. Según Semilla Durán (2010), ella ha descubierto en el desierto una forma de libertad, de potencia o de sensualidad que le era desconocida, y su retorno a la barbarie es una decisión propia.

Al morir su esposo, la abuela de Borges se percata de su «horroroso destino», su coterránea no es más que ella misma en potencia y, en efecto, cuando vuelve a verla, ella se encontraba de cacería, lo que nos demuestra que se ha continuado el proceso de transculturación. No obstante, no ha sido solo en ella, en su coterránea ha sucedido lo mismo, como se observa en este fragmento:

En un rancho, cerca de los bañados, un hombre degollaba una oveja. Como en un sueño, pasó la india a caballo. Se tiró al suelo y bebió la sangre caliente. No sé si lo hizo porque ya no podía obrar de otro modo, o como un desafío y un signo (Borges, 1998, p. 22).

El deliberado acto de beber la sangre de oveja nos demuestra la conversión voluntaria de la cautiva (Hernández Palacios, 1996).

Es decir, el personaje de la «inglesa-india» halló su lugar gracias a que la otra cultura operó cambios sobre su herencia biológica y la transformó de tal manera, que, llegado el momento de la elección, prefirió optar por el otro lado (Semilla Durán, 2010).

Esto se vislumbra también en la primera parte de la historia. Droctulft ha hecho el proceso inverso al de la «inglesa-india», aunque sufre la misma transformación. Él es un guerrero bárbaro que ingresa a la civilización y termina luchando por defenderla.

Tanto la «inglesa-india» como Droctulft, en palabras de Beatriz Sarlo, han vivido:

...la aventura de la renuncia a lo propio, el suspenso que marcará para siempre la vida del viajero que nunca pertenece del todo a ninguna cultura; el peligro, finalmente, de la deriva de esos enamoramientos instantáneos e inevitables. La duplicidad de algo que ha sido plegado (Sarlo, 1995, p. 89).

A diferencia de Droctulft y la «inglesa-india», la abuela de Borges se encuentra aún en el estado intermedio que proporciona el espacio de la orilla.

La fusión de la dicotomía «civilización-barbarie» concentrada en la figura de la abuela del autor no solo se proyecta en su nieto, sino también en todos los argentinos, puesto que somos producto del mestizaje cultural⁵. En definitiva, Borges explica el origen del «ser argentino» a partir de la unión.

A modo de conclusión, sostenemos que en ambos textos el espacio resulta funcional en la construcción del personaje.

En «La cautiva», se da a través de la deglución de la civilización por parte de la barbarie con la posterior muerte purificadora y el renacimiento en el plano mítico. La barbarie, en tanto, está condicionada por un determinismo geográfico, visión que se adelanta a la de Sarmiento y a la de otros pensadores positivistas.

Borges, en cambio, apunta a la transformación del personaje en el tercer espacio, en el espacio de lo vivido que refleja la realidad de los orígenes del ethos argentino. Así, Borges plantea una nueva visión que será retomada por escritores y filósofos posteriores.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

⁵ Este pensamiento nos recuerda mucho a los postulados de José Ingenieros, quien imponía la necesidad de fusionar las nacionalidades que habitaban el suelo nacional en «una raza argentina homogénea», que dotaría de unidad mental y social a la población, y de esa manera se lograría superar la desunión social y política.

- Borges, J. L. (1998). Historia del guerrero y la cautiva. En *El Aleph* (3ª. ed., pp. 21-23). Barcelona: Alianza Editorial.
- Campbell, J. (1971). *El héroe de las mil caras: psicoanálisis del mito* (2ª. ed., pp. 9-365). México: Fondo de Cultura Económica.
- Echeverría, E. (2005a). Advertencia a La Cautiva. En *El Matadero—La Cautiva* (2ª. ed., pp. 140-144). Buenos Aires: Producciones Mawis.
- Echeverría, E. (2005b). La cautiva. En *El Matadero—La Cautiva* (2ª. ed., pp. 61-139). Buenos Aires: Producciones Mawis.
- Hernández Palacios, E. (1996). Borges: civilización y barbarie. *Revista Texto Crítico*, 3, 57-69. Recuperado 7 septiembre, 2012 desde cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/7291/2/19963P57.pdf
- Ortiz Gambetta, E. (2012). *Modelos de civilización en la novela de la Organización Nacional (1850-1880)*. Buenos Aires: Corregidor.
- Rodríguez Fontela, M. (1996). *La novela de autoformación: una aproximación teórica e histórica al «Bildungsroman» desde la narrativa española*. Oviedo: Editorial Universidad de Oviedo.
- Sarlo, B. (1995). *Borges, un escritor en las orillas*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Sarmiento, D. (2005). *Facundo* (2ª. ed., pp. 53-379). Buenos Aires: Losada.
- Semilla Durán, M. (2010). Variaciones y recurrencias: el eterno retorno del mito de la cautiva en la literatura argentina. *Réécritures I. Les Ateliers du Séminaire Amérique Latine*, 4, 1-9. Recuperado 7 septiembre, 2012 desde <http://www.crimic.paris-sorbonne.fr/actes/sal4/duran.pdf>.
- Soja, E. (1997). El tercer espacio. Ampliando el horizonte de la imaginación geográfica. *Geographikos: una revista de geografía*, 8, 71-76.

EL ESPACIO DEL «DESIERTO» Y SU FUNCIONALIDAD EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA CAUTIVA Y EL INDIO EN DOS TEXTOS DEL SIGLO XXI: *EL PLACER DE LA CAUTIVA Y FINISTERRE*

María Laura Pérez Gras*

Resumen: La nueva narrativa histórica de fines del siglo XX y lo que llevamos del siglo XXI se propone revisar y deconstruir las estructuras binarias de la modernidad. En este proceso, se crean espacios nuevos o se resemantizan los espacios tradicionales; además, se reubican los personajes antes marginales, que logran encontrar una voz propia y, particularmente en estos textos, llegan a ser protagonistas.

Palabras clave: nueva narrativa histórica, deconstrucción, espacios, personajes.

* Licenciada y doctoranda en Letras por la Universidad del Salvador. Actualmente, se desempeña como investigadora y docente en las cátedras de Literatura Argentina y Seminario de Literatura Argentina de la carrera de Letras en la Delegación Pilar, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Salvador. Correo electrónico: lauraperezgras@yahoo.com.ar.

Abstract: *The new historical narrative of the end of the twentieth century and the beginning of the current one aims to revise and deconstruct the binary structures of the Modern Age. In this process, new spaces are created or the traditional spaces are resignified; moreover, the characters that used to be marginal find a new status, their own voice and, particularly in these narrations, they become protagonists.*

Key words: *new historical narrative, deconstruction, spaces, characters.*

La nueva narrativa histórica de fines del siglo XX y lo que llevamos del siglo XXI se propone revisar y deconstruir las estructuras binarias de la modernidad. En este proceso, se crean espacios nuevos y se reubican los seres antes marginales, que logran encontrar una voz propia y, particularmente en los textos que hoy abordaré, llegan a ser protagonistas.

Tanto Leopoldo Brizuela, en su relato *El placer de la cautiva* (2001), como María Rosa Lojo, en su novela *Finisterre* (2005), trabajan el espacio del «desierto» como un tercer espacio, de acuerdo con las categorías de Edward Soja (1997). El «desierto» de estas narraciones no se presenta como el lugar propio de la barbarie en franca oposición con el de la civilización, sino como un espacio de contacto con la alteridad y de autodescubrimiento. Los procesos empleados por ambos autores para deconstruir la imagen simbólica del «desierto» como lugar propio de la barbarie son varios: inversiones, asimilaciones, imágenes especulares, cruces de paradigmas, difuminación de los límites entre lo histórico y lo verosímil. Estas estrategias deconstructivas no solo afectan la representación del espacio sino también la construcción de los personajes que habitan o irrumpen en él. Por este motivo, se suman a ellas otras estrategias deconstructivas más específicas para el tratamiento de los personajes, como alteraciones y cruces en los roles estereotipados entre blancos e indios y en los tipos genéricos de hombres y mujeres. Analizaremos dichos recursos en cada uno de los textos.

En primer lugar, *El placer de la cautiva* presenta un espacio que, a medida que pasan los días en la diégesis, se va revelando progresivamente más dúctil para «la niña» —solo cautiva en potencia hasta el final del relato—, mientras que se muestra más y más extraño para el indio, que antes creía dominar el arte de la persecución y conocer la clave para descifrar el enigma de su geografía, pero que se descubre cada vez más inseguro de su conocimiento y experiencia.

Todo el trayecto se reduce al recorrido desde un fortín a otro, en plena zona fronteriza. Es decir, un territorio disputado por ambos lados y, a la vez, tierra de nadie.

En un principio, Rosario Burgos parece aprender por medio de la observación del comportamiento de los indios que los persiguen a ella y a su chaperón, el cabo Vega; pero pronto la astucia de la niña comienza a ganarse la curiosidad del indio más joven, el cacique Namuncurá, y a dominar las distancias y los tiempos. Tres dimensiones, espacio, temporalidad y poder, se entrelazan en un juego muy parecido al ajedrez, en que cada pieza se mueve en función de las otras, y todas, a su vez, responden a reglas que parecieran gobernar el orbe más allá de las efímeras voluntades de los protagonistas. Dentro de la previsibilidad de dicho juego, los roles comienzan a trastocarse: los perseguidos marcan los tiempos de la carrera y establecen la distancia con sus perseguidores, la niña le da órdenes al chaperón, la incipiente mujer cautiva al indio por medio de la astucia y del erotismo, pero también del miedo, al fingir padecer el sarampión, enfermedad mortal para los indios.

El secreto del poder de la niña Rosario parece estar encerrado en una frase con que Brizuela inaugura el relato:

... hasta el último de los soldados sabía que el salvaje poseía un conocimiento tan profundo del desierto que había logrado hacer de cada rasgo del clima y del paisaje un aliado mucho más poderoso que cualquier estrategia o arma blanca; pero ninguna voz se alzó para proclamarlo, quizá porque ya se comprendía que ignorar el saber del infiel era el primer paso efectivo hacia su desaparición (Brizuela, 2002, p. 35).

Ella no finge desconocer esta verdad; por el contrario, la asume y decide observar a su enemigo para aprender de él. Y en esta aceptación de la verdadera identidad y la valía del Otro descubre las propias. Rosario no impone las estrategias del blanco —ni la de la fuerza, ni la de la huida desesperada— en su enfrentamiento con el indio. Espera paciente, observa, se adapta. Adopta el lenguaje corporal de su enemigo, improvisa, recrea. Ella cautiva al indio con un erotismo imposible de llevar a cabo en el mundo civilizado, religioso y púdico, con gestos sugerentes que no son apropiados para su género ni entre los blancos ni entre los indios. Como una extensión del territorio de la pampa, Rosario logra descubrir y dominar su cuerpo y lo utiliza de manera estratégica para vencer al indio que la acecha.

Su poder aumenta rápidamente hasta que la naturaleza rompe el insospechado equilibrio de fuerzas que se ha establecido entre los dos indios y los dos blancos durante el largo trayecto: una lluvia torrencial, con granizo y torbellinos de viento rompe la danza en fuga de los potenciales amantes y desgaja el ancla de seguridad que Rosario había fijado en la certeza de su rumbo. Sin poder precisar hacia qué lado debe continuar para llegar a su destino, caminando bajo una cortina de agua, en la paradoja de un desierto inundado, Rosario siente próximo el fin de su dominio. Los dos grupos seguirán su persecución, cegados por la lluvia y «a la deriva» por un «labyrintho sin muros».

A diferencia del espacio de la barbarie construido en *La cautiva* de Echeverría, cuya naturaleza inhospitalaria fagocita a los héroes civilizados, en el relato de Brizuela, tanto los blancos como los indios son derrotados por las inclemencias del tiempo: «Entonces lo que les había parecido el Paraíso se les antojó un infierno, porque ni perseguidos ni perseguidores supieron ya adónde volverse» (Brizuela, 2002, p. 63).

Así, como un castigo propio del *Infierno* de Dante, retornan al fortín del que originalmente partieron, para comprobar que, tras su partida, los indios lo habían incendiado y no quedan sobrevivientes.

En medio de la perplejidad, los mayores de cada grupo, Vega y el indio anciano, se aniquilan mutuamente en una especie de saldo de cuentas pendientes de una vida antigua, como de leyenda: la misma historia que Vega no cesa de narrar frente al fuego del campamento que montan y desmontan, noche tras noche, él y la niña. Por su parte, los dos jóvenes continúan la persecución. Y esta no termina hasta que cada uno encuentra su identidad y su destino: el indio, en la realidad del terror que la mancha de sangre en la frente de la niña le provoca, y en la sumisión que le produce la pasión desenfrenada de Rosario; ella, en el descubrimiento de su cuerpo de mujer, en el deseo del Otro, en su entrega voluntaria, y en su nueva marca: los pies descalzos y despellejados de la cautiva en la que finalmente se ha convertido.

En segundo lugar, la novela *Finisterre* presenta tres espacios diferentes:

Inglaterra, el centro del Imperio, es la isla-cárcel de una cautiva que no ha sufrido ni rapto ni sometimiento alguno, sino que ha quedado encerrada en una casa impenetrable, con magníficas

comodidades pero sin pasado ni historia, bajo los ojos vigilantes de un padre desvalido de afectos, solitario y receloso. Elizabeth Armstrong es una cautiva de la «civilización». Paradójicamente, para ella, la pampa —«tierra de salvajes»— representa la promesa de una identidad, de libertad y de futuro. Y hacia allí planea su fuga.

Argentina, la periferia del Imperio —un extremo del mundo—, es la llanura-coto de otra cautiva, que sí ha sido raptada y sometida en su voluntad, y que ha perdido en ese rapto todo lo que amaba: el flamante marido y el niño de sus entrañas. Rosalind Kildare es una cautiva de la «barbarie». Paradójicamente, llega a amar esa tierra —la pampa escindida entre los restos de una colonia aún en crisis— como propia; aprende su lengua, adopta sus costumbres, se vincula con su gente, y elige vivir en ella cuando tiene la posibilidad de huir o de ser rescatada. También logra allí ejercer la medicina, como asistente del indio machi «Mira más lejos», profesión que les estaba vedada a las mujeres europeas de su época, y descubre una vocación que le da sentido a su vida.

Galicia, la aldea rezagada del Imperio —otro extremo del mundo—, es la montaña-torre de otra cautiva, que es la misma, atrapada en su pasado. La nueva Rosalind Kildare, o «Pregunta siempre», ahora cargada de años y experiencias, se ha encerrado a escribir sus recuerdos, como quien los exorciza; y a su vez, los convierte en cartas que envía a Elizabeth Armstrong para revelarles sus orígenes. Paradójicamente, el autoexilio a Finisterre es para ella el reencuentro con sus propios orígenes. El relato de su cautiverio resulta ser la única vía de liberación para ambas mujeres: la ruptura de un silencio demasiado prolongado.

Los extremos de la periferia destronan al centro: las diferencias se liman en los «bordes», esas márgenes que Lojo prefiere para el desarrollo de sus historias y de sus personajes. Así, encontramos que, tanto en el espacio de la «barbarie» como en el de la «civilización», «Siempre se es cautivo, al parecer, en el mundo ajeno» (Lojo, 2005, p. 67).

Los extremos se tocan: Finisterre, el cabo del fin del mundo, donde «quedamos deslumbrados y casi cegados por la luz de un sol que cae a pico sobre las aguas desmesuradas» (Lojo, 2005, p. 11) y el mar se presenta como un abismo, un desafío sobrehumano hacia un más allá desconocido; y la Pampa, tan parecida a ese mar, inconmensurable, infinita, sin árboles, sin montañas, «sin Norte ni Sur», una verdadera prisión «en el espacio abierto» (Lojo, 2005, p. 67). Ambos lugares llegan a convertirse en un escape, una liberación, el encuentro con el pasado, un refugio contra la desmemoria; y, ante todo, un destino, un hogar, un vientre materno, la tierra de las madres de ambas protagonistas.

Tanto Rosalind, envuelta entre los cueros y aromas a hierbas de la casa-toldo de «Mira más lejos», como Elizabeth, recogida sobre el sillón de cuero con olor a tabaco y colonia de su padre, buscan, en un principio, cobijarse de la intemperie del mundo y quedar en un estado larval, inmóviles y somnolientas, en esa falsa sensación de amparo y seguridad. Sin embargo, hacia el final de la novela, ambas cautivas se atreverán a desplegar sus alas y cruzar el océano para llegar hasta el otro extremo de la tierra, sin el permiso de sus captores, en busca de sus raíces, de una identidad. Así, Rosalind regresará a la tierra de su madre para metamorfosearse en una *meiga*, que tanto se parece a las *machi* de la pampa, y para reencontrarse con la memoria de su padre, el médico; y Elizabeth viajará a la tierra de

su madre para descubrir su sangre india, sus orígenes, y para desandar el camino de su padre, por los mares, el desierto y la memoria.

Tras lo expuesto, sostenemos que tanto en *El placer de la cautiva* y como en *Finisterre* el espacio tradicionalmente ocupado por la barbarie, de signo negativo, adquiere dimensiones positivas, que superan la visión dicotómica. En ambas narraciones, el «desierto» es el espacio donde las protagonistas se descubren a sí mismas mediante el contacto con el Otro, y esto les permite una autodefinición de su identidad. Es un tercer espacio, en términos de Edward Soja (1997): un espacio de apertura, de posibilidad y superación.

La prosopografía acompaña este cambio de perspectiva espacial en el tratamiento de las protagonistas. En lugar de resistirse a la metamorfosis que el espacio les propone, Rosario y Rosalind se adaptan para encajar mejor en él. La niña va convirtiéndose en mujer, descubre el poder de su propio cuerpo, inventa un nuevo lenguaje erótico que no pertenece ni al mundo de los civilizados ni al de los bárbaros, va perdiendo sus ropas de mujer blanca: el vestido le sirve de mantel, de almohada, de cobertor; queda en enaguas y olvida el pudor de su género y cultura. Rosalind, a su vez, cambia pronto sus trajes europeos por la túnica de lana negra que usan las indias ranqueles y se siente más cómoda con ella que con las ropas que guarda en los baúles de viaje. Además, «Mira más lejos» le obsequia un accesorio distintivo:

Me puso en la muñeca una pulsera de cascabeles.

—Esto es para que todos sepan que trabajas conmigo. Los nuestros no te han de molestar. De los huincas no respondo (Lojo, 2005, p. 65).

El cuerpo de Rosalind también se transforma. Del niño que llevaba en su vientre solo quedan el vacío y la marca de la violencia del rapto en su piel. Ha quedado estéril y esto le da una libertad de la que las demás cautivas no gozan. No es tomada por ningún indio como esposa ni concubina, sino por «Mira más lejos», como asistente, y esto le permite elegir con quién vincularse amorosamente, aún con mayor libertad que bajo los estrictos códigos del decoro europeo decimonónico.

En ambos casos, la etopeya, a su vez, permite esta metamorfosis. Rosario realiza actividades nuevas con sorprendente seguridad y destreza: caza, usa el cuchillo, enciende el fuego, sacrifica una yegua, cabalga a la carrera, guía durante todo el camino, maneja los tiempos de la huida y el descanso, azota de un fustazo al cabo Vega ante su debilidad, desafía la soberbia del indio que la acecha. Rosalind supera la primera depresión del destierro y la pérdida absoluta, y va descubriendo una apasionada vocación en la tarea de traer niños al mundo, arrebatándole vidas a la muerte, vencer el dolor. En el indio, encuentra un amigo, un guía espiritual. Se hace fuerte, voluntariosa, probablemente siempre lo había sido, sin saberlo. Descubre la pasión del amor carnal en brazos de Oliver Armstrog, el cautivo inglés, y se entrega a ella sin reparos.

Ambas protagonistas manifiestan tanta inteligencia y fortaleza como para derribar todos los estereotipos de género tanto del tiempo del enunciado como del tiempo de la enunciación. Derriban las barreras culturales y se autodefinen como individuos libres y autónomos, paradójicamente, en el contexto de sus cautiverios.

Por otra parte, los indios con los que se encuentran y se conectan de manera particular estas mujeres también presentan alteraciones o inversiones en contraste con los estereotipos que la cultura blanca

conserva tradicionalmente sobre ellos. Desde la prosopografía, a pesar de que sigue ciertas convenciones, y en particular desde la etopeya, nos encontramos con dos indios singulares: «Mira más lejos» no presenta la virilidad exacerbada ni la animalización del «salvaje» características en las representaciones literarias del indio; por el contrario, es homosexual, delicado, gentil y, ante todo, sabio. Su arte-ciencia le da el poder del conocimiento de la naturaleza pero también de lo sobrenatural. Por este motivo, será de gran importancia para la recuperación tanto física como espiritual de Rosalind, y será su guía en esta nueva etapa de su vida. Es un indio que no tiene depositadas expectativas de tipo carnal en su cautiva, sino de orden intelectual y espiritual. En el caso del joven indio Namuncurá, encontramos inversiones respecto de su rol de hijo de un gran cacique y de jefe de su tribu: las inseguridades que el comportamiento de la niña le causan, la pasividad con que se acomoda a sus imposiciones, la dependencia que le generan sus movimientos y conducta, las expectativas que le provoca el descubrirse capaz de decodificar el nuevo lenguaje que ella ha establecido entre ellos, el deseo que el cuerpo de la niña-mujer despierta en el suyo, el terror que le producen las enfermedades desconocidas de los blancos, todo esto le hace perder, paso a paso, noche tras noche, el poder que ancestralmente le pertenece al cacique, al indio, al hombre que acecha al huinca y cautiva a sus mujeres porque domina y conoce el «desierto», porque ese territorio le pertenece. Por el contrario, es Rosario quien se presenta al comienzo del relato de Brizuela como «esa niña enamorada del desierto», y a partir de esta afirmación, los roles se desarman.

De esta manera, cerramos una lectura del vínculo deconstructivo existente en ambas narraciones entre el espacio y el personaje, particularmente en la figura de la cautiva y del indio, envueltos en un «desierto» resemantizado, que los transforma y redefine, y ante todo, los libera de tipificaciones y encasillamientos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Brizuela, L. (2002). El placer de la cautiva. En *Los que llegamos más lejos*. Buenos Aires: Alfaguara.

Lojo, M. R. (2005). *Finisterre*. Buenos Aires: Sudamericana.

Soja, E. (1997). El tercer espacio. Ampliando el horizonte de la imaginación geográfica. *Geographikos: una revista de geografía*, 8, 71-76.

UNA LECTURA DE *EL AÑO DEL DESIERTO*, DE PEDRO MAIRAL

Matías Lemo*

* Alumno de tercer año de Letras, Cátedra de Literatura Argentina, Delegación Pilar, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad del Salvador. Correo electrónico: matiaslemo@hotmail.com

Resumen: Análisis de la funcionalidad narrativa del espacio del desierto en relación con el personaje principal de la novela *El año del desierto* (2005), de Pedro Mairal, a la luz de los conceptos de marginalidad, deconstrucción, *heterotopía* y tercer espacio.

Palabras clave: desierto, marginalidad, deconstrucción, *heterotopía*, tercer espacio.

Abstract: *Narrative analysis of the functionality of the desert in the Pedro Mairal's novel, El año del desierto, in relation to its main character, in the light of the concepts of marginality, deconstruction, heterotopia and third space.*

Keywords: *desert, marginality, deconstruction, heterotopia, third space.*

*Quería decirte:
no importa el nombre de la tormenta que asolará tu mundo y será el inicio de tu extinción. Importa que nos
dieron impulso a nosotros, sus hijos.
Vamos corriendo hacia el futuro que admite posibilidades, pero nunca hace una sola promesa.*

KRÁNEO KWAICHANG

Pedro Mairal publicó *El año del desierto* en 2005. María es la narradora-protagonista de esta novela. Tiene 23 años y está en el centro de Buenos Aires. O en ninguna parte. Me explico mejor: los lazos que la unen con la tierra son inexistentes.

María, arrastrada por las circunstancias, irá hacia los límites y se desorientará. Cuando finalmente no sepa dónde está, un mundo nuevo podrá comenzar para ella. El espacio que se abrirá hacia ambos lados de la frontera será el espacio neutro, aunque esencial, que la conectará con otro centro: el de la vida. Mientras tanto, experimentará la disolución fatal de su país.

Un fenómeno de erosión denominado «la intemperie», de avance temporal invertido, eliminará la huella humana; no quedará nada del Buenos Aires inicial, en enero de un aludido 2002, ni de los grupos sociales más primitivos, ni de todas las instancias intermedias, hasta llegar a la Segunda Fundación⁶.

Este personaje, la única sobreviviente en apariencia, es vulgar. Y por eso puede representar a cualquiera de la comunidad de la que formó parte. Por extensión, entonces, y de acuerdo con Elsa Drucaroff (2011, p. 269), María representa la Argentina.

LARGO CAMINO AL POZO

Una tarde, María encuentra que la calle está tapizada de panfletos contra la intemperie que el Gobierno no quiere reconocer. Vuelan pedrazos. Los vidrios estallan y desfiguran su imagen. Escucha gritos y el repiquetear de los caballos de la montada. La policía reprime a sus pares. Está paralizada; se siente fea porque no pudo escapar de un camión hidrante y tiene el maquillaje corrido. Anota «María Valdés Neylan» y su número de documento en un papelito, y se lo guarda en el bolsillo, por las dudas.

⁶ En primer lugar, la narradora de *El año del desierto* deja en claro el devenir de un año completo a través de referencias explícitas a estaciones climáticas, meses y días. En segundo lugar, la Fundación de Buenos Aires, llevada a cabo por Juan de Garay, empezó a prepararse en el mes de enero (Cf. Garay, Juan de. *Fundación de la Ciudad de Buenos Aires*. 1836. Para una lectura *online*: <http://www.gutenberg.org/files/18157/18157-h/18157-h.htm>). Así que la idea de año transcurrido es doble: uno lineal y real, y otro circular y mítico.

Se orina encima. Tiene miedo. El «autoritarismo» tiene presencia en toda la novela. Lo encarnan el Estado, la Iglesia, un Gobernador que simboliza a Juan Manuel de Rosas [abajo Celestes], militares, pandillas, bandos políticos, latifundistas, y otras veces, simplemente, una fuerza anónima, latente y deformante. Los personajes se acostumbran a esta presión de manera conflictiva pero pasiva.

De esta manera, básicamente, empieza la novela. Después viene el ocultamiento del caos en los medios de comunicación. Hasta que se rumorea por lo bajo que algo anda mal. Aunque no aparezca en la tele, se sospecha que puede ser cierto. Y del mismo modo, empieza la persistencia de la paranoia en la clase media.

Cambian los materiales, y por ende la sociedad materialista también. Lo sólido se desvanece primero, lo flexible resiste. A medida que los electrodomésticos dejan de funcionar y los empleos se suspenden, las relaciones sociales disminuyen. Pero en un principio no. Cuando las computadoras y los celulares resultan inútiles, por ejemplo, renace el contacto interpersonal en los pasillos. Más tarde, surge un espíritu de grupo. Sin embargo, se pierde en seguida y el entramado social se debilita por la desconfianza. Lo que había empezado por la fuerza del miedo, termina por la misma razón: los vecinos de cientos de manzanas, que convirtieron sus viviendas en fuertes comunitarios, se animalizan y se coartan entre sí.

En otras palabras, Mairal va deconstruyendo Buenos Aires capa por capa, para que María pueda ir hasta los límites de sí misma y de aquello que aseguraba la existencia de un sistema.

EL DESIERTO CRECE

La sociedad deja de producir. Los sobrevivientes adoptan nuevas formas de relación con el medio, que se basan en la reutilización de lo viejo. Los objetos pierden su funcionalidad original. La cultura, tal como se la concebía, se vuelve inadecuada, porque ya no asegura la vida, por el contrario, es un obstáculo para la supervivencia.

Sin embargo, la conceptualización del «centro» perdura pese a los demás cambios. Y es lógico que sea así, al menos en una sociedad materialista: la posesión del bien de consumo sigue representando el centro. Más adelante, cuando desaparece el plástico o cuando resurgen los carromatos tirados por animales debido a la escasez de nafta, por ejemplo, el parámetro mismo de lo marginal se transforma: no es excluido el desposeído de capital (sea material o simbólico), sino quien no tiene fuerza física.

Por estos motivos, una vez revalorizado el espacio de la naturaleza frente al de la cultura, detenta el poder quien reutiliza la basura y logra imponerse por medio del cuerpo. «La tierra ya no era ni del que la pudiera comprar ni del que la pudiera sembrar, la tierra era del que la pudiera defender» (Mairal, 2010, p. 212).

La descentralización, asimismo, surge de la dificultad para identificar el ámbito de pertenencia simbólica. Las dicotomías anteriores pierden sentido. La totalidad del país se transforma en margen.

EL ESPACIO DEL CUERPO

Cuando María experimenta la tierra, recupera el cuerpo que la civilización le había robado. Los roles que debe desempeñar son ilustrativos: oficinista y traductora primero, en lo alto de una torre⁷; después, basurera, lavandera, enfermera, prostituta, labradora en Mercedes (intenta abrir una escuela en el campo y no lo consigue), curandera, sirvienta de un «brauco» tierra adentro (los braucos son marginados del sistema capitalista, que desarrollan su propio dialecto y costumbres), ayudante de los «ú» en las orillas del Paraná (piensa abrir una escuela, pero comprende que no tiene qué enseñarles a los ú, unos indios del norte de Buenos Aires, que no hablan español).

En un momento alguien le pregunta cómo se llama y contesta:

Yo dudé, hacía mucho que no pensaba en mi nombre. La pregunta me molestó. Creo que, ese año, al ir pasando por el hospital primero, después por el inquilinato y más tarde por el Ocean [un prostíbulo], me había alejado de mí hacia zonas desconocidas. Ahora, tierra adentro, estaba terminando de alejarme, de deshacerme. Sentía que me atravesaba el viento (Mairal, 2011, p. 258).

Cuerpo en escorzo, de barro, atravesado por el viento; pero cuerpo al fin.

Este camino hacia sí misma, por un lado, implica asumir que nada permanece inmóvil ante sus ojos. Va hacia los objetos que se mueven. Y por otro lado, o mejor dicho como consecuencia de lo anterior, redescubre las fronteras que separan su yo, los objetos y al Otro.

DESAPARICIÓN

Si hay movimiento en María, es porque está viva. Cada papel nuevo es un nacimiento, como si no hubiera vivido antes. La única certeza que tiene es la presencia de la tierra. Y la experimenta como un principio, como un límite, para recuperar lo perdido.

Se transfigura. Es decir, muere. Y en cada muerte, el mundo desaparece en su interior.

Cerré los ojos. Me quedé así largo rato, entregada a esa voluntad que me era ajena y que me seguía arrastrando de acá para allá, esa fuerza que era algo parecido a Dios, pero también era la desintegración, y lo invisible, y también la intemperie y el viento, la soledad de ese lugar vacío, el dios del mundo sin gente. No sé cómo explicarlo. Un yuyo seco doblándose en el viento, algo que nadie ve, un lugar igual a cualquier otro en ese desierto donde hasta los bichos ciegos escarban sus cuevas para huir del desamparo del cielo (Mairal, 2011, pp. 266-267).

LOS CONFINES

En consecuencia, María llega al espacio esencial: el desierto. Allí todo está conectado entre sí, una serie infinita de hechos históricos están presentes, como en un mapa. Ella forma parte del proceso de disolución. Sin embargo, la realidad objetiva se le revela lejana.

María llega a sentirse sola en la mitad del desierto. Todo comienza a ser nada. Sabe que permanecer inmóvil no es posible. Entonces debe avanzar, darle la espalda a la memoria y seguir.

MENOS LA LENGUA

⁷ «Como si fuera un lugar en otro país, fuera del barro nacional, como visto desde un avión. Era la altura de la economía global, de las grandes financieras del aire, donde se establecían a la perfección los contactos telefónicos con las antípodas. Como si, ahí arriba en el mejor oxígeno, en la cima del mundo, pudieran tocarse la punta de los dedos con New York, con Tokio» (*El año del desierto*, p. 14).

María experimenta la espacialidad. Pierde el eje del tiempo. Gana su propio cuerpo. Va hacia el límite de sí misma. Viaja al centro de la semilla. Y, simbólicamente, muere. Junto con ella, se desvanece una herencia histórica de lutos y vergüenzas. Después de cientos de años de historia nacional, lo que queda es su voz:

A veces tengo que encerrarme acá para hablar sin que me vean, sin que me oigan, tengo que decir frases que había perdido y que ahora reaparecen y me ayudan a cubrir el pastizal, a superponer la luz de mi lengua natal sobre esta luz traducida donde respiro cada día. Y es como volver sin moverme, volver en castellano, entrar de nuevo a casa. Eso no se deshizo, no se perdió; el desierto no me comió la lengua. Ellos están conmigo si los nombro, incluso las Marías que yo fui, las que tuve que ser, que logré ser, que pude ser. Las agrupo en mi sueño donde todo está a salvo todavía (Mairal, 2011, p. 8).

Finalmente, me pregunto cómo interpretar este desierto. No obstante, no podemos dudar de que ya no se trata del desierto decimonónico. O sí, pero de un modo distinto. De hecho, está construido a partir de la tradición argentina. Pero es más que desierto, es un metadesierto, porque contiene en sí a los iniciadores de dicha tradición y a quienes la perpetúan.

Recordemos ahora que la incomunicación fue una de las características fundantes del desierto. Mairal, al reconstruirlo en su novela, la elimina, puesto que presenta este lugar con voz propia. Y no solo eso, sino también con memoria colectiva, histórica y mítica.

En términos de Michel Foucault (1967), es una heterotopía, es decir, un espacio otro con una función social que se vivencia. En términos de Edward Soja (1997), es un tercer espacio, es decir, una zona construida a partir de la confluencia de lo histórico, lo social y lo espacial; o de otra manera, lo percibido, lo concebido y lo vivido.

En definitiva, Mairal plantea un juego narrativo a través del cual los espacios materiales (primer espacio) se transforman en espacios simbólicos (segundo espacio) hasta disolverse en la nada (forma alternativa y lúdica del tercer espacio). En la disolución de los ambientes, los personajes y las identidades, se deconstruye incluso el quehacer literario e historiográfico que conformó la cultura argentina tal como la concebimos hoy.

No diré, pues, que el desierto es un lugar negativo, que el lector saque sus propias conclusiones. Sí diré, en cambio, que es donde toman cuerpo la marginación y la «barbarie», y no precisamente como resultados de aquel. Por el contrario, quien las genera, como consecuencias de sí misma, es la civilización. Aquí, causa y efecto se confunden, hasta la negación.

Por lo tanto, el desierto y, por metonimia, el país, nunca debieron haber nacido en estas condiciones de marginalidad sistematizada. El avance de la intemperie es un signo de justicia poética. Como se cree que dijera Anaximandro:

Las cosas de donde viene el nacimiento a lo que existe son aquellas a donde tiende también su corrupción, como debe ser; pues lo que existe sufre recíprocamente castigo y venganza por su injusticia, según el decreto del Tiempo (Colli, 2008, p. 155).

La Nación que se constituyó para eliminar el desierto, será eliminada por este.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Colli, G. (2008). *La sabiduría griega*. Tomo II. Madrid: Trotta.
- Drucaroff, E. (2011). *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes en la postdictadura*. Buenos Aires: Emecé.
- Foucault, M. (1967). *Espacios otros* [1ª. ed. en francés]. Recuperado 9 de septiembre, 2012 desde http://yoochel.org/wp-content/uploads/2011/03/foucault_de-los-espacios-otros.pdf
- Kwaichang, K. (2012). *El cuervo que sabía*. Recuperado 8 de octubre, 2012 desde <http://www.kwaichangkraneo.com/comic/el-cuervo-que-sabia-portada/>
- Mairal, P. (2010). *El año del desierto*. Madrid: Salto de página.
- Soja, E. (1997). El tercer espacio. Ampliando el horizonte de la imaginación geográfica. *Geographikos: una revista de geografía*, 8, 71-76.